Saludo en la conmemoración del 11 de septiembre

Memorial de la Facultad de Economía y Negocios, Universidad de Chile

10 de septiembre del 2026

Oscar Landerretche, Decano

Buenos días.

Quiero comenzar agradeciendo a todos los que hoy nos acompañan, a los exalumnos, a los familiares, a las y los estudiantes que han mantenido viva esta ceremonia año tras año, y a los funcionarios y académicos de esta Facultad que entienden que una universidad no es solo un lugar donde se enseña a partir de modelos, datos e investigaciones, sino también un lugar donde se enseña a partir de las lecciones de la historia.

Frente a este memorial hay nombres. Hoy quiero detenerme en uno de ellos. No porque valga más que los otros, sino porque su historia pasa por esta Escuela, por esta ciudad y, de un modo que me toca personalmente.

Víctor Zerega Ponce nació en Iquique. Terminó el liceo en el norte y vino a Santiago a estudiar Economía en esta Universidad, en la vieja casona de República 517, la sede de la Escuela de Economía que muchos de los presentes todavía recuerdan. Llegó a fines de los años sesenta, en pleno movimiento de Reforma Universitaria, y fue de inmediato uno de los que hablaban en las asambleas.

Sus compañeras lo recuerdan por una causa muy concreta: las alumnas que venían de provincia no tenían dónde vivir. Víctor y Mario Felmer, desde el Centro de Alumnos, encabezaron la lucha por un Hogar Universitario Femenino. La Escuela de Economía estuvo dos días paralizada por eso. Fue también el que editaba, en una vieja máquina Underwood de su propiedad, un boletín de dos hojas de oficio dobladas al medio.

Cursaba el noveno semestre de Economía cuando decidió dejar la carrera para dedicarse por completo al trabajo sindical. Fue profesor de Historia del Movimiento Obrero en las escuelas de la CUT, director de un periódico sindical, responsable del trabajo en Maipú donde se formó el Cordón Cerrillos, y negociador con los sindicatos de Yarur cuando esa empresa pasó al área social. Tenía poco más de veinte años.

Después del golpe integró la Comisión Política de la primera dirección clandestina del Partido Socialista, junto a Exequiel Ponce, Carlos Lorca, Ricardo Lagos Salinas, Ariel Mancilla y Arnoldo Camú. Todos ellos fueron asesinados entre 1973 y 1975. A Víctor le tocó la rearticulación del movimiento sindical. Y le tocó también, y esto quiero subrayarlo en esta Facultad, redactar el grueso del análisis económico del llamado

Documento de Marzo de 1974, un texto duramente autocrítico sobre la experiencia de la Unidad Popular. Escribió eso escondido, sin dinero para la micro, extremadamente delgado, como recuerdan quienes lo vieron en esos meses.

El 23 de junio de 1974 cayó en un punto envenenado. Lo tuvieron en los subterráneos de la Plaza de la Constitución, a metros de La Moneda. Lo torturaron. A comienzos de julio su cuerpo apareció en la playa Los Lilenes, cerca de Concón. Tenía 26 años.

Hay un detalle que no debiéramos olvidar en esta ceremonia. Después del golpe, la casona de República 517, la Escuela de Economía donde Víctor estudió y discutió y editó su boletín, fue ocupada por un servicio de seguridad de la dictadura. El lugar donde aprendió a pensar fue convertido en un lugar donde se torturaba. Esta Universidad le entregó hace pocos años el título póstumo que no alcanzó a recibir. Fue tarde, pero fue.

Permítanme ahora una nota personal.

Mi padre, Oscar Landerretche Gacitúa, entró a esta misma Escuela de Economía casi al mismo tiempo que Víctor. Eran de la misma generación, con apenas un año de diferencia. Militaban en el mismo partido, en la misma Escuela, en los mismos años en que se discutía todo en la sala de conferencias de República. Después del 11 de septiembre, mi padre fue uno de los encargados de rearticular al Partido Socialista en la clandestinidad. En la casa donde yo era un niño de un año, en la Villa Aurora, en el paradero 5 de Vicuña Mackenna, se hizo el primer pleno del Comité Central después del golpe, en octubre de 1973. Víctor formaba parte de esa misma dirección.

A mediados de 1974 mi padre se asiló en la Embajada de Colombia y partió al exilio. Fueron las mismas semanas en que Víctor fue detenido. Uno salió; el otro no. Yo me quedé un año en Chile, a cargo de unos familiares, con una identidad falsa, hasta que pude reunirme con mi familia en Bogotá con pasaporte de refugiado.

Mi padre siempre sintió que era su deber contarme sobre Víctor Zerega, pero siempre fue escueto, sentía que debía contarme, pero no podía contarme demasiado. Había un silencio ahí; un silencio que no me correspondía llenar y del cual no tenía derecho a exigir llenar. Había un silencio que había que saber escuchar. Desde muy pequeño supe que era algo que debía respetar. Hay silencios que existen para seguir así, porque representan ausencias, que para que sigan presentes, deben seguir estando ausentes. Silencios que son presencias. Escuchemos ese silencio...

……..

Digo todo esto no para reclamar un sufrimiento que no fue el mío. Yo no recuerdo nada de eso. Mis primeros recuerdos son de mi infancia en Inglaterra, cuando mi

padre se había convertido en un estudiante doctoral de Oxford. Gracias a eso, en realidad, mi vida fue muy diferente a la que podría haber sido. Lo digo porque explica algo sobre lo que es la memoria. Entre mi padre y Víctor Zerega la diferencia no fue de convicción, ni de coraje, ni de mérito. Fue una diferencia de días, de contactos, de suerte. Yo estoy aquí hablando como decano de la Facultad donde ambos estudiaron. Víctor no está. Y uno de los hijos de Víctor podría haber sido, con toda propiedad, quien estuviera hoy en este lugar. Victor tenía, en el momento de su martirio, la edad que tiene hoy mi hijo mayor, que también está pronto a terminar sus estudios en ésta facultad. Cuando decimos que los recordamos, lo que estamos diciendo es que sabemos perfectamente que todo pudo haber sido al revés y que su destino es, en parte, el nuestro.

Se repite mucho que un pueblo sin memoria no tiene futuro. Es verdad, pero de tanto repetirla la frase ha perdido filo. Se ha vuelto un cliché. Quiero proponerles otras tres citas, más antiguas y más precisas.

La primera es de Cicerón, que llamaba a la historia "vita memoriae", la vida de la memoria. No dice que la memoria sea un depósito ni un archivo. Dice que la memoria es algo vivo, y que la historia es lo que la mantiene viva. Una memoria que no se ejercita, que no se relata, que no se vuelve a contar a los que no estaban, se muere. Por eso esta ceremonia no es un rito. Es un ejercicio de mantenimiento de algo que se puede perder.

La segunda es de Walter Benjamin, escrita en 1940, poco antes de que él mismo muriera huyendo del fascismo. Benjamin dice que articular el pasado no consiste en conocerlo "tal como fue", sino en apoderarse de un recuerdo tal como relumbra en un instante de peligro. Es decir: recordamos no para saber cómo fueron las cosas, sino porque en el momento en que las cosas vuelven a ponerse peligrosas, ese recuerdo es lo único que tenemos a mano. La memoria no mira hacia atrás. Es un instrumento que se usa hacia adelante. Es un bastón que nos sirve en los momentos más pedregosos del camino.

La tercera es de Pericles, que en la oración fúnebre por los caídos de Atenas, dijo que toda la tierra es sepultura de los hombres ilustres. Víctor Zerega no tiene una tumba en esta Facultad. Tiene un nombre en esta piedra, está en la FEN, está en Iquique, está en Concón, está en un subterráneo frente a La Moneda. Su sepultura es toda esa geografía. Y este memorial es la parte de esa geografía que nos corresponde cuidar a nosotros.

Termino con una reflexión que creo que le debemos a Víctor precisamente porque era economista, o estaba a poco de serlo.

Cuando hablamos de derechos humanos en Chile pensamos, con razón, en lo que le pasó a él: un cuerpo, un subterráneo, una playa. Es la forma más brutal y más visible de la violación de derechos, y no ha desaparecido del mundo. Pero me preocupa que estemos preparando a nuestros estudiantes para reconocer solamente esa forma. Los problemas de derechos humanos del futuro, y en buena parte ya del presente, tienen otra cara.

El primero es la vigilancia. En 1974 para saber dónde estaba Víctor tuvieron que detener a su hermano, torturar a una estudiante, sembrar un delator. Hoy eso lo hace un teléfono. La capacidad técnica de saber dónde está cada persona, con quién habla, qué lee y qué piensa, ya existe, y está en manos de Estados y de empresas privadas. La pregunta ya no es si se puede; es quién decide, con qué reglas, y quién controla al que controla. Chile fue el primer país del mundo en poner los neuroderechos o, más coloquialmente, derechos del cerebro en su Constitución. Ese es el primero de muchos pasos.

El segundo es la discriminación estadística. Los algoritmos que deciden quién recibe un crédito, quién es sospechoso, quién accede a un beneficio social, quién es contratado, se construyen con las técnicas que enseñamos en esta Facultad. Una violación de derechos puede ocurrir hoy sin que nadie levante la mano, sin un culpable con rostro, en una planilla que nadie leyó. Es la banalidad del mal en versión cuantitativa. Y quienes la diseñan, o la impiden, somos economistas, ingenieros, estadísticos: nuestros egresados.

El tercero es el derecho a la verdad en una época de mentira industrial. Las familias de este memorial pelearon durante décadas por saber qué pasó. La familia de Víctor esperó 45 años por una sentencia. Ese derecho a la verdad, que costó tanto conquistar, hoy se enfrenta a una capacidad inédita de fabricar hechos falsos a escala, con imagen y voz, a costo cero. Un país que no puede distinguir lo que pasó de lo que se inventó no puede tener memoria, por mucho que quiera.

El cuarto es el desplazamiento: por el clima, por la pobreza, por la guerra. Los apátridas, los que quedan fuera de todo Estado, son los que menos derechos tienen en la práctica, y van a ser muchos más. Mi padre, mi madre y yo fuimos refugiados. Hubo un país que nos recibió y una universidad que le dio a mi padre un lugar donde estudiar y luego trabajar. Cómo Chile trata a quienes llegan hoy es también una forma de recordar.

Y el quinto, que subyace a los otros, es la desigualdad extrema de poder. La democracia se erosiona rara vez de un golpe; mucho más a menudo se va vaciando cuando la voz de unos pocos vale infinitamente más que la de todos los demás. Víctor dedicó su corta vida a la idea de que los trabajadores tuvieran voz en las decisiones

económicas. Uno puede discrepar de sus conclusiones, y probablemente él mismo discreparía de varias hoy, ha pasado medio siglo, pero la pregunta que se hacía sigue siendo valida.

Esta Facultad forma a las personas que van a diseñar los sistemas de crédito, de pensiones, de asignación, de información, en los que se va a jugar buena parte de los derechos humanos de las próximas décadas. Por eso la memoria no es un asunto de una ceremonia al año. Es parte del contenido de lo que enseñamos.

Víctor Zerega tenía 26 años. Le faltaba poco para ser economista. Era porfiado, inteligente y leal, dicen los que lo conocieron. Le gustaba Vinicius de Moraes, Serrat y la Cavalleria Rusticana. Regaba tomates y porotos verdes en la casa donde se escondía. Amaba el mar, y sobre todo Iquique.

Que su nombre en este muro nos recuerde no solo lo que le hicieron o intentaron hacer; sino lo que falta por hacer.

Muchas gracias.